

## Visión del Mestizaje Colombiano

Por HERNANDO SEGURA PERDOMO

Los afanes recientes de las entidades nacionales y del exterior por buscar la conveniencia o inconveniencia de una inmigración en grande escala a nuestro país, dan margen para un sinnúmero de consideraciones sociológicas a cerca de las diferentes agrupaciones raciales de los continentes foráneos y de la posible resultante de la unión de esas agrupaciones con nuestro mestizo. Interesa mucho balancear cualidades y defectos, fuerzas latentes y características actuales entre sajones y latinos, afros y asiáticos, por ver de hallar los resultados en una posible unión con el hombre del trópico americano. Pero antes de realizar estos estudios es imprescindible ahondar hasta el máximo en el conocimiento de nuestro elemento humano, no solamente estudiando su historia racial, todavía en completo desarrollo, sino tratando de encauzar ese proceso hacia metas más perfectas; porque si exceptuamos dos o tres escritores que han tratado sobre el asunto, hallaremos en el panorama intelectual y científico del país un abandono completo por lo referente al conocimiento del campesino como núcleo de la nacionalidad. Debemos saber quién es el elemento poblador de nuestros valles y montañas, cuáles son sus potencias y defectos, para tratar de explotar las primeras y de suplir los últimos.

El hombre de las urbes y el del campo en nuestro país tiene comunidad de raíces, y por lo tanto unidad espiritual y física. El primero, en virtud de los continuos estímulos, de las fuerzas del progreso y de la convención social, sufre algunos cambios importantes en su desarrollo que lo diferencian claramente de su hermano campesino. Pero para un estudio del elemento colombiano interesan sin diferenciación tanto el uno como el otro, por la unidad anotada antes.

Sentadas estas premisas, veamos un poco rápidamente las corrientes raciales que integran nuestra nacionalidad, a parte de la sangre española llegada en la conquista.

La familia chibcha, que en Colombia se hallaba ubicada en la región de Cundinamarca y Boyacá principalmente, se encontraba sin duda en la puerta de un desarrollo sorprendente en todos los campos, desarrollo que de no ocurrir la conquista la habría equiparado a las grandes civilizaciones de los Mayas, Aztecas e Incas. El hombre chibcha era de baja estatura y poco ágil en comparación con otros nativos, pero en cambio la gran fuerza espiritual y sus extraordinarias capacidades mentales fueron manifiestas desde un principio; la astucia, la introspección, la agilidad mental, son características que aun se perciben en los núcleos rurales en donde predomina la herencia chibcha, y que se hacen presentes en las diferentes actividades de la vida. Ello explica que las regiones que habitaron sean las más generosas en la producción de poetas, políticos y escritores, así como de polemistas de toda gama, algunos sagaces delincuentes y casi ningún hombre de empresa, condiciones que tienen también un remoto origen en la calidad espiritual de los españoles que se situaron en esta región. El campesino de este ancestro tiene gran idealismo, y su constancia raya a veces en terquedad.

El elemento caribe, poblador de la llanura oriental, parte de Santander y la Costa Atlántica, fue tradicionalmente guerrero y cruel. De temperamento extravertido y de casi nula capacidad idealista. Física-mente fue superior al chibcha pero jamás logró adelantos intelectuales. En las tribus del Tolima los Pijaos lograron algún mérito debido a su astucia bélica y su carácter orgulloso y rebelde.

Los catíos y aburraes, que moraron en la zona que ocupa hoy Antioquia, no alcanzaron progreso que merezca nota. Sus condiciones de buenos guerreros no los resaltaron mucho del resto de agrupaciones indígenas. Mayor alcance obtuvieron los indios Quimbayas, sobresaliendo ante todo en el campo artístico. Las muestras de su escultura, cerámica y labrado, dejan entrever una sensibilidad latente en su sangre, que ya comenzaba a exteriorizarse en su arte. Todas estas condiciones y algunas anécdotas acerca de su organización jurídica, han basado modernas investigaciones que parecen vislumbrar en esta agrupación una verdadera civilización, por lo menos semejante a la chibcha. Caso este semejante a la cultura agustiniana del sur del país. Descendiendo más, nos hallamos con una corriente espiritual, de caracteres marcados, cuyos principales representantes fueron los quila-cingas, restos de cuyas tribus aún moran en las altiplanicies nari-ñenses, y que parecen reflejar patéticamente las peculiaridades del

medio en su temperamento retraído, aparentemente despreocupado, pero de una gran fuerza interior. Estos nativos, hermanan grandemente con los chibchas en su aspecto melancólico, reflejo como antes dijimos, de un medio físico brumoso y tranquilo. Como la extensión del territorio coincidía lógicamente con la variedad de tipos humanos, hallamos así esta inicial diferenciación de características, diferencia que para un más profundo estudio podríamos reducir a dos zonas en razón de las condiciones espirituales. La zona occidental, que comprende lo abarcado por las costas del Atlántico y Pacífico, esta última hasta la región de Tumaco actual, y la zona oriental, a la cual tendríamos que integrar la parte sur-occidental, no comprendida en la anterior zona.

Tenemos ahora que todas estas tribus o conglomerados indígenas, después de 6 siglos de continua mezcla, iniciada en el momento del arribo español al nuevo mundo, han venido delineando un tipo característico de la nacionalidad, una raza que se está formando aún. El profesor López de Mesa al tratar sobre este mismo punto, quiere a nuestro juicio, sintetizar demasiado la resultante de esa continua mezcla en un tipo uniforme que represente toda la raza. Al efecto dice que resultará un "tipo ligeramente trigueño un poco a la manera árabe, de buen porte y bellos ojos, temperamento festivo simpático y generoso" (1). Indudablemente es llamativa la descripción que tan gráficamente nos da del supuesto tipo colombiano en el futuro, pero si nos atenemos a las más recientes investigaciones científicas sobre la herencia, veremos que es imposible pensar en sintetizar en una forma tan precisa el resultado de la mezcla de nuestras diversas agrupaciones nacionales. El concepto del profesor colombiano a este respecto está totalmente basado en la teoría *sanguínea* de la herencia que otorga los *medios* raciales al resultado de todo cruce animal. Veamos lo que opinan a este respecto los profesores Dunn y Dobzhansky. "Supongamos que en cierta población existen individuos con ojos azules y pelo rubio, y otros con ojos oscuros y pelo negro. Si las *sangres* hereditarias se mezclaran, todos los individuos de esa población mostrarían con el tiempo una mezcla uniforme de piel blanca y morena, y todos tendrían ojos y pelo de color castaño claro. Pero en la realidad los genes para los diferentes colores de los ojos y el pelo no se mezclan. Nuestra población tendrá siempre individuos con pelo negro, castaño o rubio, y con ojos negros, castaños o azules. Continuará siempre mezclada y nunca se convertirá en uniforme o *pura*" (2). Vemos

(1) Luis López de Mesa. *De cómo se ha formado la nacionalidad colombiana*. Edit. Librería Colombiana.

(2) L. C. Dunn y Th. Dobzhansky. *Herencia, raza y sociedad*. Fondo de Cultura Económica.

así que la realidad no nos permite uniformar el resultado del continuo mestizaje, al menos de una manera estricta. Podemos sí pensar en tipos raciales, diferentes entre sí, y con caracteres comunes que los familiaricen, tanto física como espiritualmente.

Indudablemente, no existen razones para creer en la malicia de nuestra continua mezcla. El estudio de la historia nos muestra el alto porcentaje de hombres ilustres que ha salido del mestizo, en relación con los grupos indígenas y europeos, que en ciertas regiones de Colombia es dable distinguir, hecho que nos enseña una unificación de cualidades, y complementación de rasgos físicos. Es en último análisis la fusión de las agrupaciones nativas entre sí, que se mezclarán en una u otra proporción con el elemento europeo. En Colombia, más que en cualquier otro país latinoamericano, gracias a la inexistencia tradicional de prejuicios raciales, esta evolución es posible. En otras zonas americanas los europeos sentaron plazas aisladas, y permanecen aun rebeldes a la fusión con los indígenas, hecho que ha creado gravísimos problemas socio-económicos, al formar núcleos de clases desamparadas y explotadas en todo sentido. De ello es fruto palpable, el escaso progreso de algunos países del nuevo mundo donde sólo es posible encontrar bosquejos de civilización en algunas urbes principales, precisamente porque es allí en donde se han recogido las castas. En nuestro país como expresamos antes, estas barreras no se lograron delinear por completo en los comienzos de la nacionalidad, y por ende en las alboradas de la república cayeron destruidas, al dar los organizadores de la revolución independentista, tanto valor al aborígen, como al criollo, mestizo o mulato.

Tomando ahora, para continuar este ligero bosquejo, el fruto de todas estas uniones y cruces, nos hallamos con un elemento humano de sumo interés para los modernos estudios de la historia. Cuando los campos del mundo viejo se hallan erosionados y en abandono, cuando las grandes potencias económicas de hoy reclaman angustiosamente materia prima para alimentar sus industrias, y cuando la América Latina necesita satisfacer sus violentos deseos de continente juvenil, habrá que pasear la vista por todos los ámbitos del orbe, en busca de los elementos necesarios para llenar estas necesidades; y fijándonos solamente en el aspecto físico, encontraremos dos zonas, vastas y fértiles, que pueden remediar la situación: el Africa y la América del Sur. El continente negro, que almacena como en cofre de reserva miles de substancias minerales, una riquísima fauna, que talvez para el futuro sea lo menos trascendente en la economía, y riquezas vegetales muy variadas, tiene con todo factores que hacen de todo ello algo inexplotable por el momento. Su organización política

tan accidentada aún, no le permite el incremento de fuerzas económicas explotadoras.

Pero quizás lo más grave en este punto, sea la deficiencia del elemento aborígen, por la dificultad tan inmensa en su adaptación a nuevos métodos y costumbres. La raza de color, y ello está ya demostrado, posee grandes cualidades espirituales, pero es también por naturaleza rebelde y orgullosa, y no admite fácilmente la imposición de elementos extraños. La tarea colonizadora del Africa es muchas veces más dura de lo que fue la española en América. Así que buscando otra fuente de recursos encontramos zonas maravillosas. Su región oriental, en Suramérica, que hasta hoy sólo fuera manigua hostil y novelesca, ha trocado a los ojos del mundo actual su faz de tabú, para convertirse en esperanza concreta. Hay en ella una síntesis de riquezas, corrientes caudalosas, que esperan la mano del hombre para convertirse en energía eléctrica, y así poder aprovechar las plantas, maderas y minerales que guarda en su seno. Y hay aquí algo más importante: un hombre mestizo, que lleva la fortaleza propia de los que pueblan esa selva, y el sentido y conocimiento de la raza española. Está, además, vinculado a los grandes adelantos de la ciencia, aunque en forma remota, pero su poder asombroso de comprensión lo adapta en poco tiempo a las nuevas modalidades. Lo único que espera es, al igual que su tierra, la fuerza humana que lo ayude a trabajar la naturaleza. Y llegamos aquí al meollo de nuestras divagaciones. Hemos visto lo que es a grandes rasgos, el elemento poblador de nuestras tierras; tócanos pensar ahora, si es honorable dejar a ese elemento que se siga desarrollando y formando por accidente, como hasta ahora, o si es deber y conveniencia, aportarle nuevas corrientes, físicas y espirituales.

Motivo de numerosos estudios y de no pocos escritos periodísticos ha sido entre nosotros, *la tristeza del pueblo*, *la dejadez de nuestras gentes*, *la pereza del campesino*. Indiscutiblemente los orígenes de esta característica, que bajo cualquier acepción es una sola actitud subjetiva de nuestro hombre, han sido casi totalmente hallados. Pero como no se trata de descubrir el mal sino de atacarlo, en manera alguna sobrarán las profundizaciones sobre el tema. Adoptemos el término *tristeza* dando por aceptado que ella existe en el 70 u 80 por ciento del hombre campesino de Colombia, y veamos la definición que de ellas nos da E. Collin basado en la Psicología Tomista: "...Presencia actual de un mal que nos priva de un bien amado. A semejanza del dolor una tristeza honda impide aprender porque acapara la atención, puede abatir hasta el punto de inhibir toda reacción defensiva; disminuye la actividad porque nunca llevamos a cabo tan

bien como si estuviésemos alegres aquello que ejecutamos con tristeza; en fin, más que cualquier otra pasión tiende naturalmente a arruinar el organismo..." (1). En los primeros años de nuestra formación nacional, esta definición era aplicable a la casi totalidad del pueblo. Merced a los adelantos de la civilización, al permanente cruce de grupos raciales de que hablamos antes, ella ha disminuído en alguna proporción, pero continúa como base negativa en muchas de las actividades de nuestro pueblo. La tristeza del mestizo es la privación de un bien amado (costumbres, tradiciones, la misma mitología) por la presencia de un mal (para ellos, todo lo nuevo traído de Europa por los conquistadores), y como vimos, ello impide el aprendizaje, disminuye la actividad y arruina el organismo; todos los efectos negativos para cualquier adelanto o progreso. Con todo, el origen de esta tristeza no hay que situarlo únicamente en el efecto psicológico de la conquista, puesto que ya en los últimos años hallamos otros factores que se han sumado a él, y que han encauzado esta tristeza hacia otros campos. Es el campesino que a través de sus lomas y ve cruzar los aviones, que en virtud de los escasos medios de comunicación y del contar de los viajeros, presiente un mundo fantástico en la ciudad, y que aprovechado por falsos conductores, cree que esa fantasía le pertenece y ha sido arrebatada de sus manos, tiende por instinto a luchar y dedica toda su atención al logro de los falsos ídolos. Se produce entonces el éxodo hacia las ciudades con el consiguiente resentimiento de la economía rural, y el lógico problema social de la desocupación y crecimiento paulatino de los elementos antisociales. Es un encauzamiento que tiene como origen último la tristeza, pero esta vez adicionada por nuevas y foráneas condiciones.

Enfocando otras de las manifestaciones negativas, producto de esa inestabilidad emocional, encontramos un haz de fuerzas latentes mal aprovechadas. La sensibilidad de nuestro mestizo, su emotividad, que pueden traducirse mediante una adecuada educación en cultura artística, en formación industrial, se desvían por falta de recursos hacia otras fuentes. El mundo potencial que lleva cada campesino en su alma, debe objetivizarlo en cualquier forma; y como la monotonía de su labor —que no por meritoria deja de ser monótona— no le permite aplicar sus condiciones, busca medios para hacerlo. La bebida hasta la embriaguez, le proporciona un descanso relativo al variar por unas horas su mundo subjetivo; los mismos actos de violencia y las actividades antisociales en general, tienen un subfondo de escape.

Pasando ahora a las posibles soluciones del problema, debemos bosquejar, así sea someramente, las más elementales. Es indudable

(1) E. Collin. *Manual de Filosofía Tomista-Psicología*. L. Gili Editor, Barcelona.

que todas descansan sobre una sola: la educación. Pero la solución no está en dedicar todos los esfuerzos hacia el aumento matemático de ésta. La educación del campesino debe hacerse casi totalmente distinta a la que se realiza en la ciudad, más si tenemos en cuenta las condiciones anotadas antes en este escrito. Y sin hablar del término educación, como lo entendemos generalmente en estos casos, o sea como desanalfabetización y enseñanza de los principios y conocimientos elementales, pensemos mejor en culturización. Cuando nuestro mestizo vea en su aldea sintetizadas las ventajas de la ciudad, en un pequeño teatro donde pueda divertirse y al tiempo aprenda cosas de utilidad; cuando el buen cine sea proyectado públicamente; cuando reciba folletos bien editados y de fácil lectura, irá abandonando poco a poco todas sus ilícitas diversiones, encauzando ahora sí correctamente esas maravillosas potencias que diariamente tienden a exteriorizarse en él, y si además cuenta con la satisfacción de sus necesidades elementales, (el hombre del campo es sencillo por esencia), de seguro que no abandonará jamás su parcela. Todo ello es apenas natural, lo antinatural y anómalo es el desinterés, el abandono que hoy contemplamos. La aculturación exige naturalmente una gran tarea, pero todas las grandes tareas reportan grandes frutos. El fortalecimiento municipal, base de todo progreso, tiene su síntesis en la descentralización de la cultura.

Logrados estos resultados, ¿habrá que pensar en la necesidad de añadir a nuestra raza sangres extranjeras? Creemos firmemente que si el plan anterior se desarrolla con dedicación y técnica, ello no será necesario y aún más, una masiva inmigración puede ser contraproducente y resentir de nuevo el espíritu del mestizo. “¿Existirán muchos campesinos que amen la naturalueza y el campo en sí? Los hay que se confunden de tal manera con su tierra, cuya vida se conforma tan naturalmente con las costumbres y tradiciones campesinas, que parecen no poder arraigar en otro suelo: viejos raigambres sobre los cuales fracasarán todos los ensayos de novedades, todo lo que sea extranjero a la cultura campesina” (1). En esta forma se expresa Maurice Halbwachs al tratar del amor del campesino por su tierra y del rechazo natural a lo extraño a ella.

El elemento foráneo sólo debe aportar técnicas, métodos modernos, más no sangre, que la mestiza solamente necesita un proceso de orientación para desarrollar en un futuro la tarea que la historia le tiene asignada, desde el descubrimiento del nuevo mundo.

(1) Maurice Halbwachs. *Las clases sociales*. Fondo de Cultura Económica.

## DERECHO

### Desarrollo de una paradójica Teoría de la Carga de la Prueba\*

Por JOSE ANTONIO VILLEGAS LOPEZ

Normalmente, las partes aportan al juicio espontáneamente la prueba de los hechos de que entienden derivar alguna ventaja en el juicio de probar en apoyo de sus alegaciones, y a combatir y contradecir por todos los medios la prueba contraria o las excepciones que puedan ser propuestas por su adversario. El proceso en la administración de esas pruebas se regula naturalmente por el interés de cada parte en demostrar la verdad de sus alegaciones en orden a obtener una decisión favorable y, en consecuencia, toda reglamentación legal de la producción de las pruebas en el juicio parece, en principio, prácticamente superflua.

A pesar, sin embargo, de la diligencia de las partes en la administración de sus propias pruebas, no siempre puede el Juez, en la práctica, formarse un juicio cierto acerca de la veracidad de sus respectivas alegaciones con los solos elementos de convicción aportados espontáneamente por ellas al debate. Ante dos alegaciones imperfectamente demostradas o desvirtuadas por pruebas contradictorias, el Juez tendría, lógicamente, que suspender su juicio por falta de elementos suficientes de convicción para pronunciarse en favor del demandante o en favor del demandado. Pero como, por otra parte, el concepto de justicia exige que toda controversia deba ser decidida, hay entonces necesidad de suministrar al Juez un recurso técnico que le permita fundar una decisión en esa eventualidad.

\* De la obra en preparación: *Ensayo de una Teoría General de la carga de la Prueba*.